

El mundo de Ulía

* * *

Por Pablo MOYANO LLAMAS

Discurso de ingreso como Académico Numerario leído por su autor en la sesión pública del día 5 de abril de 1984.

Señores académicos, autoridades todas, queridos amigos que habéis querido acompañarme en esta noche para mí auténticamente inolvidable: Manifestáis con vuestra presencia un afecto entrañable, una estima y hasta una sincera e inmerecida admiración hacia mi modesta persona. Sean mis primeras palabras de gratitud sincera y sentida. Gratitud en primer lugar para esta Real Academia de Córdoba que hace ya muchos años se dignó nombrarme Correspondiente en Montemayor, poniendo sus ojos en un modesto cura de pueblo, hijo de Santaella, pero cuya labor pastoral se ha compartido fundamentalmente entre los parajes de la incomparable serranía de Hornachuelos y este trozo de nuestra campiña ubérrima que lleva el bello y sugestivo nombre de Montemayor. La Real Academia quiso premiar con su primer nombramiento una modesta labor en el campo de la investigación histórica y sobre todo en el rescate de una parte no pequeña de nuestro patrimonio histórico en el campo de la arqueología, patrimonio perdido en incontables ocasiones por la desidia y la falta de mentalización de gran parte del pueblo sencillo. A la Real Academia no le pasó desapercibida esa lenta y contumaz labor descubridora y las publicaciones que durante todos los años ha mantenido el diario *Córdoba*, tanto en el campo de la arqueología o defensa de nuestros valores más genuinos, como en ese otro campo del comentario religioso. Y quiero agradecer desde aquí la acogida tan favorable de los lectores y la estima de los directores del periódico por esa labor. La Real Academia más tarde, no contenta con aquel nombramiento, quiso dar un paso adelante y por unanimidad se dignó nombrarme Numerario electo, habiéndose retrasado bastante tiempo la lectura de mi discurso de ingreso

por causa de tanto trabajo como ha pesado sobre mis espaldas. Lo hago ahora y no sin agradecer públicamente a los ilustrísimos señores don Rafael Castejón, don Juan Gómez Crespo y don Rafael Gracia Boix su propuesta de Numerario y al Cuerpo Académico que la refrendó. A ese aliento y defensa de la Real Academia debo mucho. Pero sería de ingratos no hacer aquí mención expresa de un hombre que siempre estuvo de mi parte y del que aprendí mucho: don Juan Bernier, que además ha querido contestar mi discurso de ingreso, cuyo tema obligado es lógicamente la Ulía ibero-romana. Entremos pues, tras este preámbulo obligado, en el trabajo de mi disertación que sólo intenta clasificar ideas.

Hace años vino a mis manos un viejo folleto publicado en 1763. Tiene por autor a don Lucas Jurado y Aguilar, montillano de pro, Notario Apostólico, intérprete de monumentos antiguos, mayordomo de la cofradía del Rosario, etc. Dicho opúsculo, publicado con todos los permisos y bendiciones, lleva por título *Ulía en su sitio y Montilla en su centro. Apostólica historia*. En la página tercera se dice literalmente: «Apenas habrá en España antigüedad más pretendida que la del sitio de *Ulía*, plaza fuerte del Imperio Romano. A lo menos ocho pueblos, cada uno por su lado, aspiran a su sucesión y pertenencia sin más interés que el salir con la victoria en tan antigua como trabada demanda. Otros tantos abogados se eligen para esforzar sus respectivos derechos. Sólo resta se registren en la sala y poner con la sentencia silencio y paz a tran prolija como penosa demanda. Los escritores antiguos y modernos están enteramente divididos y encontrados en este punto. Lucio Marineo Sículo, libro de las Memorias de España, folio 9, columna 2, se inclina a que *Ulía* estuvo en Ubeda; fray Diego López de Toledo, en la traducción de los comentarios de César, en Alcalá la Real; don Juan de Ferreras en su *Sinopsis histórica*, tomo I, folio 245, en Montemayor o Baena, «cosa —dice— difícil de averiguar. El doctor don Bartolomé de Feria y Morales, en la vida de San Francisco Solano, la coloca en Abencaez, villar junto a Fernán-Núñez. Don Jerónimo Cívico, presbítero y natural de La Rambla, en la misma villa suya, fundado en que Ramb-Ula incluye el nombre de la ciudad de *Ulía*. No falta quien la quiere colocar en Santaella afirmando que Ella y *Ulía* es todo uno. ¿Cuántos votos ha tenido el castillo y villar de Dos Hermanas? El gravísimo anticuario y honor de nuestra Andalucía, Ambrosio de Morales, y muchos de los que escriben después, teniendo por definición su parecer, como si en estos puntos pudiera ser definición el parecer, dicen estuvo en Montemayor. Mucho se inclinó a Montilla aunque después mudó la inclinación».

Esta larga cita de don Lucas Jurado y Aguilar sintetiza admirablemente una de las disputas históricas más curiosas sobre la localización exacta de una vieja población cordobesa, disputa que se ha venido prolongando hasta nuestros días, como vamos a ver inmediatamente, no sin afirmar cuanto antes que pese a los esfuerzos de don Lucas Jurado y Aguilar por demostrar que *Ulía* era Montilla, la disputa se ha concentrado más entre los historiadores en dos puntos concretos: Abencaez y Montemayor, o mejor entre Fernán-Núñez y Montemayor. Todavía entre los autores más antiguos cabe destacar a Fernández Franco, quien también dando bandazos como Ambro-

sio de Morales, la situó primero en Montemayor para acabar ubicándola en Montilla. Sánchez de Feria al plantear este problema vota por Abencaez del cual —dice— se trajeron las piedras y las inscripciones romanas para el castillo de Montemayor, aparte —afirma— de las traídas del castillo derruido de Dos Hermanas, situado junto al río Carchena, a unos cinco kilómetros de Montemayor. Aún cabe aportar dos textos, encontrados por mí en un legajo del archivo parroquial de Montemayor. Dicen así: «Rodrigo Méndez de Silva en *Población general de España*, al capítulo de la descripción del Andalucía, trata de la villa de Montemayor, la que dice está apartada cinco leguas de Córdoba y se tiene por cierto la fundaron romanos al principio de su entrada en España, pues floreció opulentísima años setenta y ocho antes de Cristo». Y dice también que «corriendo tiempo cuando la dominaron cristianos, de cuyos progresos expresa faltar noticia, la pusieron Montemayor, por su planta».

El segundo texto pertenece al *Diccionario histórico de Moreri*, verbo Montemayor. Dice: «está a cinco leguas de Córdoba y se tiene por cierto ser Ulía o Ula, que era una plaza fuerte en tiempo de César».

Esta vieja polémica —como digo— se ha mentenido siempre viva entre los pueblos de Fernán-Núñez y Montemayor, sobre todo a partir de la publicación de un librito de quien fuera, hace cincuenta años, sacerdote y maestro en Montemayor y en Fernán-Núñez: don Alfonso Adamuz Montilla. Su publicación no resiste el más mínimo análisis crítico al afirmar que Montemayor no se asienta sobre ningún otro pueblo antiguo, sino que fue edificado en el siglo XIV en el sitio en que se encuentra hoy. Afirma también que en Montemayor no aparecen restos arqueológicos y que Ulía estaba ubicada en Abencaez. Curiosa fue también hace algunos años la polémica que yo mismo mantuve en el *Córdoba* con ese gran investigador y querido amigo don Francisco Crespín Cuesta, cronista y académico, polémica que dio origen a una gran amistad de la que me honro.

Al analizar los datos de esa larga disputa histórica sobre Ulía hay que confesar abiertamente que la inmensa mayoría de los autores se copian unos a otros y hablan sin saber y sin conocer el tema que tratan. Menos uno o dos, ninguno se dignó venir para conocer sobre el terreno la exactitud o mentira de sus afirmaciones. Les bastaban los lugares comunes o el respeto y autoridad que les merecían las fuentes de donde tomaban sus datos. Nada más. Desde el principio de mi polémica con Crespín Cuesta, intervino también uno de los hombres que más conoce y mejor nuestro suelo, uno de los que más han trabajado por la arqueología cordobesa: don Juan Bernier.

Así se expresaba en un artículo publicado en el *Córdoba*: «Sobre el tema que nos ocupa hemos de confesar que sabemos bien poco. Tenemos por un lado la historia escrita, la historia clásica, y por otro el campo arqueológico, y poner las dos cosas de acuerdo es difícil y no pocas veces imposible, pero es el único camino para averiguar algo, y ése es el único método que seguimos». Don Juan Bernier ponía el dedo sobre la llaga. El gran error, el inmenso error de muchos, había sido ni más ni menos que ése: no contar con el argumento decisivo para solucionar el problema: la arqueología. Don Juan Bernier había recorrido antes este trozo de campiña, pero a raíz de la disputa

periodística incrementó sus visitas. Casi palmo a palmo y bajo un sol de plomo subimos cerros, nos adentrábamos por viñas y olivares. En un modesto coche «Seiscientos», al que pomposamente llamábamos «todo terreno», casi subimos al cerro de la Mazmorra, donde aún se conservan los cimientos de un recinto ibérico, uno más que añadir a los reseñados por el mismo Bernier y Fortea. Recintos de los que está repleta nuestra Sierra y nuestra Campiña. También por aquellos años iniciales de mi inquietud arqueológica recibí la visita de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, director de la Real Academia de Córdoba. Comenzaba entonces a formar el museo. Recuerdo esta frase, contada por don Rafael y escuchada de labios de Marañón: «La arqueología es la agricultura del porvenir». Los datos que nos proporciona la Historia son cortos y tardíos, como veremos más adelante. Siempre es difícil hacer Historia porque Historia no es sólo el hecho en sí, sino también la búsqueda de sus más hondas motivaciones. La Historia no es sólo búsqueda de datos, de nombres, de hechos pasados, sino la interpretación de esos datos, de un estilo de vida, de un modo de ser, de vivir y de pensar. Esto que siempre es difícil se hace más complicado cuando se trata de sacar a la luz hechos, costumbres, estilos de vida de quienes vivieron hace dos o tres mil años. En este caso cuando intentamos descubrir la huella de nuestros más lejanos antepasados, sólo nos queda el recurso a la arqueología para poder andar seguros y llegar a algunas conclusiones. Y ése fue precisamente el argumento olvidado por quienes tanto polemizaron sobre Ulía. Y esa va a ser la fuerza de nuestro trabajo. Dejemos en paz la polémica e intentemos ir a eso: a descubrir las fuentes de donde puede brotar la luz sobre el tema de Ulía.

LAS FUENTES DE ULIA

Mi buen amigo Crespín Cuesta hizo hace años un estupendo trabajo sobre las civilizaciones de nuestra comarca; y antes, en 1953, don Samuel de los Santos Gener nos dejó escrito a máquina un libro que no vio la luz, y que ha sido después completado por estudios posteriores. En ese libro y el trabajo de Crespín Cuesta se nos habla de los primeros pobladores de nuestra provincia. Hombres de Neanderthal, de cara ancha, grandes órbitas, frente huida en visera, hombres que divagaban de valle en valle tras la caza, alimentándose también de cortezas de árboles y viviendo en cuevas. Vendrían después los hombres de Cromagnon, de cráneo alto y estrecho, cara baja y ancha, órbitas rebajadas y pequeñas. De él aparecen restos en los yacimientos de Alcolea. Modernamente se supone que en el tercer milenio antes de Jesucristo hubo otras oleadas emigratorias asiáticas hacia Occidente y esos emigrantes dejan huellas indelebles a su paso por Italia y España.

Ulía debió ser uno de los lugares primeramente poblados, junto a Monturque, Espejo, Baena, etc. Ciertamente en Montemayor aparecen vasos de tipo campaniforme y cerámicas que se remontan a más de mil años antes de Cristo. Pero vayamos primero a las fuentes escritas sobre la ciudad de Ulía, nombre cuyo significado parece ya desde el principio confuso. Los turdetanos al llegar a nuestras tierras cordobesas comenzaron a poblar los valles de los ríos y las tierras fértiles de la Campiña y las bravías de nuestra Sierra. A

las tierras del valle les llamaban «edén» lo cual era sinónimo de tierra fértil y rica. Al monte le llamaban «ulía». Todo terreno elevado merecía el nombre de «ulía». Ulía —como ciudad o recinto— se nombra en *Bellum Alexandrinum*, de autor ignoto. Casio, temeroso de Marcelo, se dirige a Ulía situada «in loco edito», en un terreno elevado. Marcelo también cerca a Ulía hasta la llegada de Lépido, que pone paz entre los contendientes. Se añade que Ulía estaba rodeada de fortificaciones; sin duda esas fortificaciones descubiertas por Bernier y Fortea, y otras cuyos restos afloran todavía cerca del cerro de la Mazmorra, Dos Hermanas, etc.

Tolomeo es el único geógrafo que ha tratado esta ciudad. En el Libro II, capítulo IV, tabla segunda de la Europa, entre las ciudades mediterráneas de los túrdulos pone una que los textos griegos de Erasmo y Bercio escriben Oulía, dándole primero a esta ciudad ocho grados y cuarenta minutos de longitud y a la segunda nueve con treinta y ambas treinta y ocho de latitud. Otras ediciones como la argentina de 1513 y la Villanovano de 1535 ponen Iouliá. En el *Itinerario de Antonino* se fija a Ulía como la última mansión en el camino de Cádiz a Córdoba y la sitúa a unos diez y ocho mil pasos, es decir a unas cuatro leguas y media, distancia ésta que coincide perfectamente con el llamado «Camino de Córdoba» y del cual hace unos ocho años todavía se podían ver algunas piedras de la antigua calzada romana. La edición de Ulma de 1552 y la más antigua de Hermán-Lavilápide escribe en vez de Ulía, Julia.

En otro curioso papel del archivo parroquial se hace referencia al origen del nombre de Ulía de esta forma: «Atrévome a decir que fue fundada por uno de los reyes antiquísimos de España, Sículo I ó Sículo II, por los años 2840 de la Creación ó 2549, en que en el espacio de estos años reinaron ambos y en él fue fundada Ulía por uno de los dos por nombre propio de estos reyes fue Ulio, que éste era el título de divinidad, y así llamaron a esta ciudad Ulía, con que no es fundación de romanos como quiere Rodrigo Méndez, aunque en su tiempo la ilustraron». «Predicó en ella el apóstol Santiago, y entiendo que es Ulía la que Tolomeo de Villanueva llama Julia añadiéndole la jota por parecerle que faltaba y no conocer a Ulía. Tuvo silla catedral Montemayor desde los principios de la fe del Evangelio. El año 32 de Cristo Nuestro Redentor y estando en carne mortal antes de su Pasión sucedió en Montemayor un caso prodigioso y es que un niño de ocho días nacido habló y en voz inteligible y clara dijo a los que estaban presentes: "El Salvador del Mundo es Cristo Jesús", con que los dejó admirados». «El año 139 tenía por obispo Montemayor a San Cuadrado, a proposición de Lucio Dextro». Curioso documento éste y en el cual, aparte de la referencia singular a Santiago y al milagro del niño, se hacen afirmaciones muy probables como la tener sede episcopal y la convicción de ser una ciudad antiquísima, remontándose por encima de los orígenes romanos.

Pero el documento que más clara referencia hace a la ciudad de Ulía es un libro de Historia escrito por un contemporáneo de Julio César. Es el *Bellum Hispaniense*. Su autor, Aulo Hircio quien por su estilo narrativo, la sobriedad de su prosa y el hecho de ser testigo presencial de los hechos que narra, merece pleno crédito. En España, y más concretamente en Munda, se

decide la muerte de Pompeyo y César queda como señor absoluto del Imperio. Las viejas rivalidades de César y Pompeyo tienen precisamente en estas tierras cordobesas su punto culminante y la definitiva solución, favorable a quien un año más tarde de la derrota pompeyana caería asesinado en Roma a manos de quien más favores había recibido: su ahijado Bruto. En esta campiña cordobesa conoció por fin Julio César la paz, el triunfo y el gozo de ver derrotado a su acérrimo enemigo Pompeyo. Ulía es la antesala de esa gran batalla final que se llama Munda. En verdad Ulía había sido la única ciudad de la Bética que se había mantenido fiel a César, tal vez por el buen olfato político de sus habitantes. Merece la pena traer los textos íntegros de esa parte del *Bellum Hispaniense*. Dicen: «Siendo César dictador por tercera vez y nombrado de nuevo para el año siguiente, después de tantas expediciones, habiendo venido a concluir la Guerra de España, salieron a recibirle unos diputados de Córdoba que habían abandonado la facción de Pompeyo y tenía dispuestos por varias partes para que le avisaran de su venida... Estaba a la sazón Sexto, hermano de Gneo Pompeyo, con guarnición en Córdoba que pasaba por capital de la provincia y Gneo Pompeyo se ocupaba ya algunos meses en el cerco de Ulía. Luego que se supo aquí la llegada de César salieron diputados burlando los centinelas de Pompeyo a suplicarle que los socorriese cuanto antes posible. César sabiendo que aquella ciudad había servido con mucha lealtad en todo tiempo al pueblo romano, mandó que a eso de las nueve de la noche partiesen seis cohortes con igual número de gente a caballo a los cuales dio por cabo un oficial conocido en la provincia y muy inteligente llamado Lucio Junio Pacieco. Llegó éste con las tropas al campo de Pompeyo al tiempo que le levantó una gran tempestad con furioso viento que impedía el verse unos a otros y aun conocer cada uno al que iba a su lado. Esta misma incomodidad les fue muy provechosa porque cuando llegaron mandó Pacieco que marchasen de dos en dos enderezándose derechamente a la ciudad por medio del campo enemigo. Mas como algunos de los cuerpos de guardia les preguntasen quiénes eran, uno de los nuestros les respondió que callasen, que importaba acercarse a la muralla, para sorprender a la ciudad, y así los centinelas, parte impedidos por la tempestad, no podían observar con atención, parte se aquietaban con esta respuesta. En llegando a las puertas hicieron una señal con que fueron introducidos por los ciudadanos. Entonces levantando el grito la infantería y caballería y dejando parte de los suyos en sitio conveniente, hicieron una salida a los reales contrarios con que les cogió de sobresalto, se creyeron todos perdidos. Enviada esta guarnición a Ulía para apartar César de este sitio a Pompeyo, siguió su marcha a Córdoba. Destacó con la caballería sobre la marcha una partida de gentes esforzada de las legiones, los cuales cuando estuvieron a la vista de la ciudad se pusieron a las ancas de los caballos. Esto no lo podían advertir los cordobeses, y así cuando los vieron llegar salió un número considerable de la ciudad con resolución de deshacer aquella banda de a caballo. En esto echaron pie a tierra los legionarios que dije y los atacaron con tanta fuerza que de una multitud innumerable volvieron muy pocos a la plaza. Conmovido Sexto Pompeyo con esta desgracia escribió a su hermano que viniese con prontitud a socorrerle, no fuese que tomase César a Córdoba antes de que llegase. En

vista de esta carta de su hermano, Gneo Pompeyo estando ya a punto de tomar Ulía levantó el cerco y tomó con sus tropas la vuelta hacia Córdoba».

Reconquistada definitivamente para su causa Ulía tomó a su cargo el abastecimiento de las legiones de César y contribuyó desde su puesto privilegiado a la conquista de las diversas localidades: Ategua, Ucubi, Castra Postumana, Soricaria, Munda, Ipagro y la misma Ulía. A partir del asedio Ulía llevaría siempre con orgullo el rótulo de «Fidentia», la ciudad fiel. Pero... ¿es Ulía Montemayor, tal y como se afirma en la *Historia de España* de Menéndez Pidal, en el tomo II, referente a la dominación romana?

Las tendencias más antiguas están en esa línea hasta el punto de que la famosa discusión se plantea en forma seria y decidida no antes del siglo XVII. Hasta esta fecha sólo existe la indecisión de Fernández Franco. Ramírez de las Casas-Deza menciona un pleito curioso: un pleito sobre el Señorío de la villa de Montemayor en que los testigos declaran haberse traído las lápidas y piedras al tiempo de la fundación del castillo. También don Lucas Jurado y Aguilar defiende que las piedras y lápidas de Ulía fueron traídas hasta Montemayor desde Montilla y Dos Hermanas cuando Martín Alonso Fernández de Córdoba decide construir el actual castillo, con licencia del rey Alfonso XI. Ya hablaremos más adelante de esa fundación del castillo. Pero me parece justo apresurarme a decir que, a mi juicio, el mero hecho de haber traído algunas de las piedras desde Dos Hermanas como atestigua el Abad de Rute en su *Historia de la Casa de Córdoba*, ha servido como pie y dato falso para afirmar rotundamente que todas las piedras y lápidas de Montemayor fueron traídas desde fuera. Es lógico y comprensible que Martín Alonso Fernández de Córdoba, al desmontar el castillo de Dos Hermanas, intentase aprovechar todo lo aprovechable. Pero ni siquiera eso hizo, porque hoy, setecientos años después, aún se mantienen en pie muchas de aquellas piedras, dos torreones, algún pasadizo, infinitas piedras y ladrillos que ruedan hasta la Carchena dan aún testimonio de la que fuera primera fortaleza de los Fernández de Córdoba en Montemayor. El hecho de que todavía queden tantas piedras en pie en aquel paraje constata sobradamente que el noble patricio sólo trajo hasta Montemayor lo indispensable, si es que lo trajo de allí. El castillo de Montemayor es muchísimo más amplio y más alto que el de Dos Hermanas. Para construirlo no hubiese bastado no uno sino bastantes castillos como aquél; ¿por qué entonces no desmontó todos los torreones y los trajo hasta Montemayor? ¿Fue acaso porque en las ruinas de la vieja Ulía existían piedras suficientes para levantar la fortaleza? ¿Cómo se explica que también la iglesia parroquial fuera construida en parte con idénticas columnas a las del castillo?

La mayor parte de las piedras de Ulía siguieron donde estaban durante muchos siglos hasta la hora de construir el castillo y hasta parte de las casas. Son las piedras las que tienen que hablar. Son las piedras las que hacen historia.

LAS PIEDRAS HACEN HISTORIA

Quien visita un museo piensa estar ante algo muerto, a lo sumo ante unos objetos que demuestran la singular maestría de unos hombres que vivieron

hace dos o tres mil años. Casi la única exclamación que se les escapa es ésta: «¡Hay que ver lo que estos hombres hacían sin máquinas ni medios algunos! ¿Hasta dónde habrían llegado de contar con los medios que hoy tenemos?». Sin embargo una pieza de museo, una simple hacha de sílex o de bronce, no es una pieza muerta. Una vasija, un retrato romano, una colección de monedas, un trozo de mosaico o una simple muralla derruida tienen un lenguaje, una vida. En cada piedra de una calzada, en cada moneda que aflora a la superficie, en los rostros casi inexpresivos de una leona ibérica o en el tocado bellísimo de una Venus romana, late todavía intacta la vida de un pueblo, la belleza de una mujer muerta hace dos mil años. La reina Nefertiti del antiguo Egipto, la Venus Capitolina, o la misma Venus de Montemayor no son retratos muertos. Esos mármoles tienen alma, tienen aún el latido y la sangre hirviendo. La vida hace dos mil años no está petrificada en ellos. Se prolonga en piedra y en barro, en bronce o en ladrillo. Los mosaicos de una villa romana del Cañuelo o de la Zargadilla parecen revivir sobre el suelo de la Ulía inmortal de los largos y fecundos años de la paz de Augusto. Lo que no han sido capaces de transmitirnos las fuentes escritas ha quedado intacto en las piedras eternas. Hoy por fortuna se vuelve con espíritu crítico, con espíritu de hacer, desde esas piedras, una relectura de la Historia. En las piedras hay que sacar cómo eran, cómo vivían, cómo enterraban a sus muertos, qué costumbres o qué religión profesaban. El cultivo de la tierra, las aficiones guerreras, el amor a los pájaros y a la naturaleza, la piedad de las madres o la gratitud a los dioses, incluso la fidelidad entre los esposos, sobre todo el recuerdo hacia una joven esposa muerta. Todo eso ha quedado intacto para siempre. Por eso para saber Historia no basta meterse en una biblioteca y beber en lugares comunes, porque esas fuentes —ya lo dije— son muy tardías. Quedan siglos y siglos de silencio. Si queremos saber a fondo nuestra historia tenemos que recorrer todos los cerros, patear viñas y olivares, no despreciar un solo trozo de cerámica y mirar con atención la pared de una fuente en la que están empotradas un par de ruedas de molinos romanos, como es la del Cañuelo de Montemayor.

Es preciso tomar entre los dedos con mimo los huesos de una sepultura, de una vasija, unir los pedazos de una urna cineraria, buscar un fósil de almeja o una flor petrificada sobre una piedra caliza. Por eso a don Lucas Jurado o a don Alfonso Adamuz Montilla le hubiese bastado un corto paseo por esos alrededores para sentir cómo se desplomaban todas sus teorías. Concretamente le hubiese bastado asomarse con ojos inquisidores y mirar la misma base del castillo. Porque es impresionante la cantidad enorme de cerámicas, de piedras, de tumbas, de tégulas intactas, de lámparas, de glandes, de frisos e incluso de columnas que afloran sin cesar en el término de Montemayor y dentro de sus calles como hace ahora menos de dos meses en la calle Fernando Moreno.

Dice Juan Bernier que los primeros indicios de vida humana en Córdoba aparecen en las terrazas del Guadalquivir, del Guadajoz y de otros ríos en forma de piezas de piedra fabricadas por tribus predatorias de la abundante caza y pesca. Uno de estos sitios donde la vida aparece es la aldea de Santa Cruz, tan cercana a dos ciudades claves de nuestra Campiña: Ulía y Ucubi.

«Toscas hachas, primero de cuarzita y después de sílex procedentes del Paleolítico inferior siempre junto a los cursos del agua, meta forzosa de la vida animal». Esto nos lleva casi a los 350.000 años de vida humana en el territorio cordobés, como nos lleva a los 100.000 años en la cueva de los Mármoles en Priego. El Neolítico en el que surge la agricultura, el pastoreo, las armas de piedra pulimentada, aparece abundantísimo por innumerables cuevas sobre todo del Sur, en las sierras de Zuheros, Priego o Rute. La Campiña, más trabajada que la Sierra, ha hecho desaparecer sus restos, salvo el dolmen de las Sileras en el Guadajoz. Una eclosión muy andaluza posterior lanza por contraste a Europa entera la apretada decoración del vaso campaniforme, reacción del valle bético al mutismo cerámico del Megalítico. Y Crespín Cuesta nos dice que «nuestra comarca de Ulía es particularmente rica en vestigios macrolíticos iberos». El arte macrolítico, es, como sabemos, el trabajo y la talla de las grandes piedras. En ellas se han encontrado esculturas animalísticas y dólmenes de magnitud e importancia incomparables.

Montemayor ha dado muy buenas muestras de la importancia que estas tierras tuvieron en el reino de Tartesia, del que la vecina Teba la Vieja fue una de las más importantes ciudades fortaleza. Antes en un período de cultura superior, antes, el hombre sigue siendo cazador, abandona las cuevas, acampa en chozas formando poblados diseminados en tierras feraces.

Se ha convertido en agricultor y ganadero, domestica las crías de ganado y no se abriga con pieles sino que fabrica ya sus tejidos, cose y teje sus ropajes, hace bolsas de piel y cestos de juncos, modela la cerámica con formas que imitan frutos. En sus poblados se siembran cereales, cebada, mijo, legumbres, etc.

LA CERAMICA DE ULIA

El estudio de la cerámica tiene un papel importantísimo para el estudio de la Historia. De ahí que desde hace años he venido mentalizando a los niños para que me entregaran cualquier trozo que les pareciera extraño.

Típicamente española es la cultura de los vasos campaniformes. Esta cultura no nos viene de Egipto como algunos han manifestado. Se difundió desde España a Europa. Aquí sobresalen los yacimientos de El Argar y Los Millares, sin olvidar a Ecija, Carmona, Marchena, el Coronil, ni mucho menos el estudio de mi buen amigo y admirado arqueólogo Luis Alberto López Palomo. Sabemos que Córdoba no está ajena a estos descubrimientos. Vasos muy primitivos aparecen en la cueva de Zuheros. Un poco más tardíamente aparecen yacimientos en Fuente-Tójar, Torre-Campo, cuenca del Genil, Fuente Palmera, Campo de la Verdad y otros lugares. La vieja ciudad de Ulía no queda tampoco al margen de esta cultura de la cerámica campaniforme. Ni siquiera queda al margen de los hallazgos fortuitos de hachas de piedra. Al mismo borde del pueblo, a la salida de la llamada calle Barrera, apareció un pequeño ejemplar de hacha neolítica. Precisamente a este período se remontan los trozos de cerámica más antiguos hallados en Montemayor. Un precioso trozo de cerámica campaniforme apareció a menos de mil metros del casco antiguo. Su antigüedad se remonta por lo menos a más de dos mil años antes de Cristo. Mayor importancia aún que estos pequeños

trozos tienen los hallados en el llamado cerro de la Ahorca. Las laderas de este cerro estaban literalmente plagadas de restos de cerámica de todo tipo. También hay que citar al llamado cerro de la Alcoba, un nombre cuya identificación nunca he podido justificar porque en ese cerro no existe una sola huella de edificación. Desde su cima —hoy medio destruida— se divisa un espléndido paisaje. Y en sus entrañas hallaron sepultura no pocos de los primitivos habitantes de la Ulía ibero-romana. El museo de Córdoba y el actual de Montemayor conservan algunas piezas descubiertas precisamente en este cerro de la Alcoba. Yo mismo pude conseguir algunos trozos de cerámica romana de este cerro y sobre todo un bellissimo y raro ejemplar de hacha de bronce que se exhibe en el Museo de Ulía.

A los pies del cerro aún se conservan algunas huertas de las que ya queda constancia clara en los censos parroquiales de los siglos XVI y XVII. Así por ejemplo se nos habla de los vecinos de la huerta de la Alcoba. Aún sigue en pie el viejo caserón con su misma alberca y casi con las mismas centenarias higueras que dan fama a las brevas de Montemayor. Pero a lo largo de los siglos el cerro sigue ahí, solo, desnudo, incultivado e incultivable, altivamente levantado sobre la llanura ubérrima como perenne e inmóvil guardián de trigales, olivos y viñedos. Desde su cima se domina un amplio horizonte que va desde la Sierra Nevada granadina hasta las mismas orillas que bordean Córdoba. Asentado frente a la antigua Ulía fue, desde hace dos mil años, mudo testigo de las luchas intestinas entre Julio César y Pompeyo. A su falda acamparon más de tres meses los guerreros pompeyanos en el insostenible asedio a la ciudad ibero-romana el año 45 tal como ha quedado dicha al reseñar las fuentes escritas de Ulía. Y antes, mucho antes, en sus laderas y en su cima daban sepultura a los muertos los hijos del primitivo «castrum ibericum». Allí iban a dar con sus huesos y sus cacharros personales no pocos de nuestros antepasados. Ahora al cabo de dos mil años de vez en cuando esos huesos y esas vasijas afloran a la superficie cuando los tractores y las palas mecánicas rompen la entraña de la tierra y poco a poco van destrozando el cerro. Salen todas rotas, partidas en mil pedazos, pero son testigos de una civilización muy primitiva, sin duda de las más primitivas de Córdoba. Hoy el cerro de la Alcoba muere a manos de un verdadero ejército de hombres empeñados en arrancar de su entraña la arena y la grava que sirve para construir nuestras carreteras. Las gentes del pueblo clavan sus ojos en sus profundas grietas cada día más hondas. Lo ven morir lentamente, con pena porque dentro de unos años la perspectiva de ese paisaje habrá cambiado sin remedio y del cerro sólo quedará el nombre. Y muere sin que se desvele el nombre. Un nombre árabe que significa dormitorio. Pero más allá de ese nombre está la verdad del cerro. Y es ésta: fue una verdadera necrópolis. Las vasijas lo confirman, también los restos humanos encontrados. En este mismo cerro salieron a la superficie dos pequeñas figuras de caballos que figuran hoy como provenientes de La Rambla en el Museo Arqueológico Provincial. Fueron halladas hacia 1934 y entregadas por los estudiantes del Instituto de La Rambla.

¿Cómo no recordar también las urnas romanas encontradas incluso dentro del patio de una casa en la calle de La Rambla de Montemayor, en el ce-

rro llamado del Cristo, en el camino que bordea la calle Médico Rodríguez? ¿Cómo no recordar las vasijas que se conservan en el castillo ducal de Frías o en la misma parroquia, testimonio al fin y al cabo de una colección que sería infinita si los vecinos de Montemayor hubiesen puesto antes de llegar yo a la parroquia algún empeño en conservarlas?

Junto a estos restos más antiguos de los cerros de la Alcoba o de la Ahorca cabe enseñar los infinitos trozos de cerámica ibérica o romana que afloran sin cesar a la superficie. Cerámica en bandas de barro blanco cocido al horno y pintadas, como la inmensa mayoría de las que aparecen en los pueblos de la campiña, en círculos concéntricos. Pueden remontarse hasta unos trescientos años antes de Cristo, aunque también es verdad que ese tipo de vasijas se construye durante siglos después de Cristo. Esos trozos de cerámica suelen aparecer en una extensión de varios kilómetros alrededor del casco actual de Montemayor. Y también en muchísimas excavaciones dentro de las casas del pueblo, en los lugares donde el agua abunda y que sirvieron para emplazamiento de las grandes villas, donde también hay muchos restos de «sigillata».

Esta pequeña disquisición sobre la cerámica de Montemayor nos lleva a dos conclusiones de extraordinaria importancia: tal proliferación confirma que Montemayor tiene una antigüedad como población organizada que se remonta por lo menos a cerca de dos mil años antes de Cristo. Forma sin duda —como ya dije— parte de las poblaciones más antiguas de la Bética y sobre todo de las primeras ciudades de Córdoba. Y que también demuestra hasta dónde esa proliferación de cerámicas por tantos lugares habla muy alto de su esplendor e importancia, esplendor que se remonta a varios siglos antes de la dominación romana. Cuando las huestes de Roma ponen sus pies en esta ubérrima campiña se encuentran fortalezas admirables, campos cultivados, gentes con una cultura, una religión, una industria rudimentaria, no exenta de verdaderos artistas. Aquí en Andalucía sobresalen tres pueblos distintos: los turdetanos, los bástulos y los beturios. En el Norte los cántabros, vascones, galaicos y lusitanos. De la fusión parcial entre esos pueblos surgen tribus diversas; para nosotros la más importante la túrdula, que fue la asentada sobre nuestra comarca y el valle del Guadalquivir.

Al ver esta proliferación de cerámica —tocaremos en seguida el tema de la escultura en Ulía— cabe preguntarse: ¿cuándo comienza a existir la vida organizada en las primitivas poblaciones ibéricas? Es un tema difícil. La prehistoria cordobesa es una de las ramas más olvidadas, hasta no hace mucho. Aunque hoy se ponen muchos años encima de cierto tipo de cerámicas y ciertos objetos es indudable que queda mucho, casi todo, por descubrir en cuanto a aquellas lejanas civilizaciones. Por nuestra parte creemos justo afirmar que unos tres mil quinientos años antes de Cristo Córdoba contaba ya con poblados de vida social muy avanzada. Restos de esa civilización hay en Santa Crucita, en Zuheros, en las márgenes del Bembézar, donde yo mismo rescaté una preciosa hacha del Neolítico, pieza extraordinariamente pulimentada. Añadamos además los nombres de Fuente-Tójar, Santa Eufemia, el Valle de los Pedroches, el valle del Genil o Santaella. En esa época también los ídolos cilíndricos de hueso, barro o marfil. Se conservan algunos

aparecidos en Espiel, Azuaga, Almería o Sevilla. Aparecen también las vasijas bellísimamente trabajadas en Parazuelos, Almería, Sálamo y Tarragona. De Córdoba están las vasijas de la cueva de los Murciélagos, de Zuheros, etc.

Algo de todo eso aparece en el campo de la vieja Ulía y su modesto museo conserva un precioso idolillo en hueso idéntico a otro aparecido en Carmona. También es famoso y parecido al de Ulía un rostro humano neolítico procedente de Morón de la Frontera, recogido en el libro de Salvat *El rostro humano en el arte*. Sobre un simple volumen cilíndrico los ojos fuertemente acusados aparecen como el elemento fundamental y más revelador del rostro. Estas obras sumamente simples buscan una síntesis entre los rasgos más sencillos y los más expresivos. Como dice el libro citado, «enlazan a través de más de 5.000 años de evolución artística con las producciones más recientes de la creación plástica contemporánea».

LA ESCULTURA DE ULIA

Dice don Juan Bernier que hacia el último cuarto del tercer milenio nace el latifundismo agrario andaluz y cordobés y si hoy son sus símbolos en la amplia campiña los cortijos, entonces lo fueron los megalitos, sepulcros colectivos familiares de los terratenientes que más tarde en los tiempos ibéricos vemos como señores o reyecillos de comarcas. Fue la tierra de nuestro fértil valle y las vastas extensiones ganaderas de nuestra serranía la base de esa riqueza y poderío arquitectónico. De ahí arranca también, de ese poderío, la formidable proliferación de esculturas ibéricas que afloran sin cesar a la superficie, como hace algunos años el toro ibérico de La Victoria. Leones, caballos, toros, carneros, toda una amplia gama de animales en actitud atacante o estática forman un riquísimo patrimonio arqueológico de valor inapreciable. Baena, Puente Genil, Castro del Río, Nueva Carteya, Santaella, La Victoria y otros rincones de nuestra geografía.

En esta amplia gama de esculturas ibéricas sobresalen los toros y los leones. Es impresionante una escultura de Santaella en la que un hombre bajo el vientre de un toro clava a éste el puñal que acabaría con la vida del animal. El Museo Arqueológico Provincial cuenta entre sus piezas con una escultura muy deteriorada de un toro ibérico que durante muchos años sirvió en Montemayor como pasarela de una huerta cercana. En la época celtibérica aparecen algunos ejemplares —ciertamente muy escasos— de osos. Sólo en el cerro del Minguillar (Baena) encontraron nada menos que tres leonas y otro tanto ocurrió en Nueva Carteya. Todas estas esculturas suelen estar hechas de piedra blanca, muy blanda, que se llama «sípia» y de ahí su fácil deterioro. Generalmente tanto los toros como los leones suelen presentarse echados sobre sus patas y en una actitud de ordinario vigilante.

¿Qué sentido tienen todas estas esculturas? Mucho se ha escrito y discutido sobre el significado de estos animales, esculpidos en piedra desde la cultura céltica. Los mismos escritores de nuestro Siglo de Oro tocan el tema. *El Lazarillo de Tormes* tiene un episodio con el toro de Salamanca. Las más antiguas teorías sobre las esculturas ibéricas las reducen a trofeos y monumentos conmemorativos. Otros las confundieron con hitos terminales entre pueblos vecinos. Otra opinión muy generalizada afirma que se trataba de

símbolos protectores de los ganados, riqueza máxima de aquellos pueblos. Pero lo que sí puede afirmarse con certeza es que tanto los toros como los leones tienen una marcada intención religiosa. Según Schulten está plenamente comprobado el culto al toro entre los pueblos iberos. No se sabe si este culto nos llegó de procedencia cretense a España, o por el contrario fue transportado desde la Península al Mar Egeo. También en la numismática es muy usual la figura de toros y caballos. También los iberos solían llevar colgados al cuello pequeños amuletos con figura de toros. Este profundo sentido religioso hacía poner las esculturas junto a las tumbas privadas y los cementerios, hasta el punto de que se puede afirmar a ciencia cierta que allí donde se encuentra un toro o una leona ahondando en la tierra aparecen enseguida restos incinerados, cerámicas, objetos personales que ellos enterraban siempre junto a los difuntos. La incineración no es sólo de nuestros días. Junto a las «castrums», en caminos, en valles cercanos, los iberos practicaban la incineración. Quemaban los cadáveres e introducían los huesos calcinados en pequeñas urnas con armas, alimentos, fusayolas, etc. Los animales puestos a la entrada eran un signo de la protección divina sobre los muertos y de la inviolabilidad de los camposantos. Junto a este sentido religioso toros y leones simbolizaron a los ojos de los iberos el poder y la fuerza.

Los hallazgos arqueológicos vienen no sólo a incrementar nuestro patrimonio artístico con valiosas piezas. Comprueban también una intensa vida espiritual reflejada en multitud de santuarios, de altares caseros, de ritos fúnebres. La proliferación de estatuas demuestra su creencia en dioses concretos y en la vida de ultratumba. Córdoba puede presumir de ser una de las provincias españolas con más arte ibérico, arte que se prolonga hasta la misma romanización de nuestros campos.

En cuanto a la edad que pueden tener estas hermosas esculturas puede asegurarse que se remontan a varios cientos de años antes de Cristo, por su parte más lejana a unos cuatrocientos.

Volviendo al tema religioso de los iberos hay que decir que junto a los textos antiguos, ciertamente bastante escasos, es precisamente la arqueología la que ofrece tales datos que nos obliga a pensar en un pueblo de vida espiritual muy intensa pero cuya explicación la mayor parte de las veces se nos escapa. La escultura ibérica de tipo religioso es muy abundante e incluso la riqueza de las representaciones en cerámica, sobre todo en el Levante español, nos ofrece muchos tipos de divinidades y seres mitológicos. El culto a los toros ibéricos es uno de los más arraigados a lo largo y ancho de toda la costa mediterránea. Tampoco se pueden despreciar los cultos naturalistas locales que alcanzaron gran prestigio, dado el gran desarrollo de los santuarios en el Sur y en el Este de España.

Un aspecto muy importante de la religión ibera debió ser la mitología, que es bastante conocida en muchos detalles, como representaciones de animales fantásticos, especialmente lobos y aves. Así lo confirma Menéndez Pidal en *Pueblos de la España ibera*.

En este sentido religioso de la población de Ullá cabe resaltar un pequeño exvoto, una figurita de caballo en barro cocido aparecido en el pago del Cañuelo hace unos doce años. El hallazgo de ese pequeño exvoto

hace suponer que la Ulía primitiva tuvo cerca de ese lugar su propio santuario. Los exvotos en forma de caballo nos llevan a la conclusión de que la divinidad a la cual estaría consagrado el santuario sería una divinidad protectora de esos animales. La función social de los santuarios ibéricos debió ser importantísima en aquellos tiempos primitivos. Las mismas romerías que actualmente se celebran en muchos pueblos entroncan plenamente con primitivas tradiciones ibéricas.

Pero no solamente el subsuelo de Ulía nos ha dejado el testimonio del toro ibérico y del exvoto en forma de caballito. En el castillo ducal de Frías se conservan dos piezas ibéricas de relativa importancia. La primera un carnero ibérico, en piedra caliza, de unos 40 cm. de largo por 20 de alto. También en ese mismo patio se conserva un busto de guerrero ibérico. Tiene una rodilla en tierra y carece de brazos, pies y cabeza. La figura del carnero fue hallada en el mismo jardín del castillo, lo cual confirma el aserto del principio en el sentido del origen ibérico de la fortaleza. La figura del guerrero fue encontrada en el Barruelo actual, es decir, no más de cincuenta o sesenta metros más allá de los torreones del castillo.

Junto a estas esculturas tal vez se puedan incluir algunos instrumentos de labranza de hierro, muy deteriorados. Estos utensilios indican la alta especialización del utillaje agrícola, el cual en forma relativamente poco evolucionada se viene utilizando hasta nuestros días. La agricultura y la ganadería constituyen la base de la economía de la mayor parte de la España bética. Cuatrocientos años antes de Cristo los trigales y el olivar constituían ya entonces el paisaje característico. Y son precisamente las monedas de Ulía —de las que hablaremos más adelante— las que nos han dejado constancia del cultivo del trigo.

LOS ORIGENES DEL CASTILLO

Casi antes de haber hablado sobre cerámicas y esculturas de Montemayor debemos haber parado mientes sobre su castillo. Porque en él, en sus piedras milenarias, está la raíz, el testimonio más incuestionable de los orígenes de Ulía. También del Montemayor actual. Aquí sí que hay que decir que son las piedras las que ayudan maravillosamente a desentrañar los secretos de la Historia, de nuestra historia primitiva, como el Valle de los Reyes en Egipto ha venido a poner en claro la vida y las costumbres de una civilización sepultada en el olvido durante miles de años. La historia de Montemayor en gran parte es la historia de su castillo, de ese castillo que se recorta en el paisaje ondulado de la campiña cordobesa ubérrima y fecunda, que reverdece eternamente por el milagro de sus olivares y sus viñedos. Se había creído siempre —tal y como lo recoge el librito de Adamuz Montilla— que el castillo de Montemayor no se remonta más allá del siglo XIV. Falso error. Ya el Abad de Rute, al hacer el recuento de la Casa de Alcaudete y del Señorío de Montemayor hace un largo inciso y dice: «Siendo lo cierto que Martín Alonso no menos valeroso en las materias de guerra que ágil y prudente en las de la paz, viendo su castillo de Dos Hermanas en flaca defensa respecto de su poco fuerte y humilde sitio y expuesto por consiguiente a ofensas de los moros enemigos comunes puso en efecto el

develarle y dismantelar lo más de él transfiriendo su población a más fuerte castillo, según la práctica de aquella era, dándole respecto al lugar donde lo fundó nombre de Montemayor, común a otros pueblos de España en diversas provincias de ella, pero insigne éste entre todos por edificio en las ruinas de la antigua ciudad de Ulía, municipio fidelísimo a los romanos, según lo afirma César y lo refiere Hircio, que la nombra muchas veces con el nombre de Ulía, como también la nombra Dion Casio, siendo lo cierto haberse llamado Ulía según Plinio y Antonino en su *Itinerario*. Pudiera ser bien una de las más antiguas ciudades de España y el Orbe todo».

Este texto del Abad de Rute en su *Historia de la Casa de Córdoba* demuestra bien a las claras que Martín Alonso Fernández de Córdoba no parte de cero. Las civilizaciones y los pueblos se suceden y superponen. A veces un pueblo puede desaparecer completamente, tal como sucedió en el caso de Munda, arrasada por César en el asedio final y más tarde abandonada para siempre hasta el punto de no conocerse con exactitud dónde estaba situada. Pero eso no es lo normal. En la mayoría de los casos nuestros pueblos se asientan sobre los cimientos de antiquísimas poblaciones ibéricas o romanas. Tales son los casos de Monturque, Aguilar, Espejo, Baena o Montemayor. Cuando los romanos dominan la Bética Ulía lleva ya siglos de vida propia. Pero ellos hacen del antiguo «castrum» una de las poblaciones más importantes. La Ulía ibérica y romana conoce siglos de gran esplendor que abarca desde el II antes de Cristo hasta el V después. A partir de entonces con el ocaso del Imperio de Occidente también llega a Ulía la hora triste de su decadencia. Su impresionante fortaleza, abandonada completamente, se desmorona año tras año y sus campos, antes fecundos y bien cultivados, cantados en las monedas y hasta en las lucernas, se convierten en pura maleza donde según el rey Alfonso X el Sabio abundaba la caza mayor. Extremos éstos hoy confirmados por la aparición de colmillos de jabalíes y la supervivencia, todavía, de algunas alimañas.

Pero aquellos muros eran sobradamente fuertes como para no desaparecer del todo. Martín Alonso Fernández de Córdoba eleva petición al Rey Alfonso XI para reconstruir la vieja fortaleza de Ulía que se encontraba semiderruida entre árboles y maleza. Al construir el actual castillo no parte de cero. Ni siquiera es necesario hacer los cimientos de algunas torres, ya que la llamada «Torre Mocha» conservaba buenos trozos de la edificación romana. A simple vista se puede ver cómo los cimientos y parte del castillo no son otra cosa que los grandes alineamientos del primitivo «castrum ibericum». Han quedado al aire libre las grandes piedras, casi idénticas a las que descubrimos en el cerro de la Mazmorra. Junto a esos cimientos se descubrió el carnero ibérico al que antes hacía referencia.

La misma configuración del terreno sobre el que está construido el castillo y antes el recinto ibérico avalan esta afirmación y su paralelismo con los descritos por Bernier y Fortea. Los «castrums» eran ciudades, más bien pequeñas, siempre construidas en terreno elevado para facilitar la defensa contra los ataques. Las casas que los componían eran normalmente circulares o elípticas y casi nunca formaban calles alineadas. Como toda población antigua solían estar rodeadas de una fuerte muralla que normalmente era de

pedra donde ésta abundaba o de simple argamasa de cal y arena. Solían tener unos subterráneos cubiertos de piedras, casi megalíticas, y unas bóvedas de ladrillo que en el caso de la Mazmorra se ha conservado casi intacta. Al castillo de Montemayor no le faltan esos subterráneos. Los más viejos del pueblo dicen que existe una galería que arranca del castillo y llega hasta las ruinas de Dos Hermanas. Algunas veces al excavar en la carretera de la estación o en las casas del Barruelo se han descubierto trozos de esa galería. Indudablemente pudiera tratarse de un pasadizo subterráneo para facilitar la huida en caso de asedio. O tal vez se trate de los desagües amplificadas por la fantasía popular.

Pero no termina aquí el estudio del castillo. Si los romanos al llegar a Ulía no hacen otra cosa que engrandecer y ampliar la vieja ciudad ibera, conviviendo con los nativos, empañando de romanismo sus costumbres, favoreciéndolos en premio a su fidelidad sobradamente demostrada, Martín Alonso de Montemayor no hace otra cosa que servirse de las ruinas para construir su castillo-fortaleza. Cuando pone los pies en sus ruinas ve por todas partes restos de columnas, lápidas, pedestales, piedras consagradas a los emperadores y a nobles. Ve las murallas y todo el suelo sembrado de proyectiles de piedra, mudos testigos de largos meses de asedio y de violencia. Ve los capiteles del templo romano. Y se aprovecha de todos esos restos. Las viejas columnas del templo y de las casas patricias —Ulía cuenta con ilustres apellidos romanos— le dan materiales sobrados para comenzar las obras, hasta el punto de poder afirmar que los arcos mudéjares del patio central están sostenidos por columnas romanas y en no pocas de ellas se conservan las dedicatorias latinas, semiborradas no se sabe por qué causa. Hasta tal punto se aprovechan los materiales que en una de las paredes se pueden ver junto a una ventana nada menos que cuatro ruedas de molino romano casero, aprovechadas para crear el torreón. No pocas de estas paredes conservan aún su factura de «cemento romano», material durísimo que al paso de los siglos se endurece cada vez más. De nuevo la Historia se repite. La misma Roma Imperial vería cómo se desmoronaban y destrozaban los muros del Coliseo para construir palacios e iglesias. El mismo baldaquino de San Pedro está hecho con las planchas de bronce arrancadas del Panteón. Aquí en Córdoba muchas casas y palacios se construyeron con las piedras de Medina Azahara. Y como en Montemayor, otro tanto puede decirse del castillo de Espejo, de Monturque o Zuheros. Sólo que en Montemayor es más rotunda la huella. El espléndido castillo ducal de Frías es un libro abierto donde poder estudiar arqueología. Desde la portada de su puerta principal —con el anagrama de Baco— hasta las almenas de su torre del homenaje, todo es un recuerdo y un testimonio de su origen ibérico y de su esplendor romano. Aún se conservan en su puerta las grandes piedras consagradas a Nerón y Agripina y en su patio algunas inscripciones. Muros, inscripciones, molinos y piedras cárdenas, algunas incrustadas en la inmensa mole de sus torres, otras tendidas en el suelo, o como las de la puerta para servir de apeadero de caballerías. Todo en ese castillo es una evocación perenne de un mundo que parece revivir al contemplar su estructura.

Al cobijo y a la vera de ese castillo nace en 1233 el pueblo de Monte-

mayor, el Señorío de Montemayor como gusta llamarle con toda propiedad el Abad de Rute al hacer historia de esa Casa. Este castillo no se creó para morada de sus dueños. Fue antes que nada una edificación hecha para refugio y defensa, dotada de los medios necesarios para ello: algibes para reunir agua de lluvia, graneros para depósito de aceite y grano, de provisiones. Troneras hábilmente colocadas en puntos dominantes, alguna artillería y pertrechos de guerra, una guarnición al mando de un alcaide. Todo eso hacía que desde esa atalaya se pudiera vigilar y resistir al enemigo hasta que pudieran acudir desde Córdoba en su defensa como ya se hizo en el tiempo de Pompeyo y César. Es comprensible que el castillo jugara un papel preponderante desde su fundación hasta el final de la reconquista. Ha quedado constancia del paso por esta fortaleza del rey Fernando el Católico, quien pernocta bajo sus muros en la noche del día 4 de noviembre de 1501. Se conservan en la Academia de la Historia de Madrid varios documentos del Rey Católico dirigidos a diversos personajes y firmados en el castillo de Montemayor de Córdoba. Pero volvamos un poco al recinto ibérico que dio origen a la vieja Ulía. Hablaba de las dos necrópolis con que debió contar Ulía en el cerro de la Alcoba y en el cerro de la Ahorca. A esas necrópolis debió corresponder un formidable recinto, una gran población. El sitio era ideal, por la altura del cerro y por la cercanía de fuentes y arroyos, entonces bastante más abundantes que hoy. Precisamente junto al cerro de la Alcoba abundan los manantiales que aún hoy son suficientes para abastecer sobradamente a una población de cinco mil habitantes. Como dije, las casas de esos recintos eran pequeñas, tenían una o dos habitaciones, carecían de toda comodidad y tenían acceso por escaleras exteriores. Defendía a todos los poblados una muralla ancha. Contaban también con cisternas para el agua. Esos recintos ibéricos solían estar gobernados por una especie de reyezuelo, por un poderoso señor al que todos debían prestar una obediencia absoluta y seguir hasta la muerte. A cambio él los defendía y alimentaba. Hasta tal punto llegaba esta dependencia que si moría el jefe, muchos se quitaban la vida. Normalmente estaban consagrados al cultivo del campo y de la caza. Cuando entraban en conflicto con otros adversarios, si salían victoriosos recibían su correspondiente premio. Llevaban colgados al cuello amuletos. Y las mujeres —siempre femeninas— adornaban sus cuellos con collares y otros objetos. Los collares más primitivos suelen ser de hueso labrado a cuchillo. Y era también usual ponerse anillos en los dedos. En Montemayor se han encontrado algunos ajemplares de bronce y piedra. Yo conservo en el museo algunos de bronce. Añadamos que el culto a los muertos era una de las tradiciones más vivas, como ya quedó reflejado en el cerro de la Alcoba. Los iberos adoraban al Sol y a la Luna. La mujer que embellece las monedas de Ulía es una personificación de la Luna. También adoraban a los astros y hay vestigios que parecen entroncar con la adoración a dioses orientales.

Junto al cultivo de los cereales hay que añadir la afición a cultivar espléndidas huertas, y conviene reseñar que las de Montemayor mantienen hoy día nombres centenarios.

Basten estos datos y estas afirmaciones para comprender un poco la extraordinaria importancia que debió tener en aquellos siglos anteriores a la

dominación romana la Ulía ibérica. Pero en ese estudio existen otros argumentos que urge analizar también.

LAS MURALLAS DE ULIA

Consta la existencia de murallas, para defender los poblados, desde la época más remota. Concretamente desde el Neolítico. No había un poblado importante que no comenzara por levantar sus murallas. Prácticamente desde la Edad del Bronce no existía ni una sola ciudad que no estuviera resguardada por una fuerte muralla de piedra o ladrillo, o simplemente fabricada con cal, arena y chinás. Solían tener algunas puertas de entrada. Esta costumbre de rodear los pueblos con una fuerte muralla se prolonga casi en todas partes hasta la Edad Media pero el paso del tiempo y sobre todo a causa del progreso de la artillería capaz de derribar los muros más fuertes acabaron con esa tradición y esa defensa. Hoy la expansión de las ciudades ha borrado en la mayoría esa estampa. Quedan algunos lienzos como en Santaella o Córdoba pero aun esos se desmoronan y presentan un aspecto de lamentable abandono.

Algunos historiadores negaban a Montemayor la paternidad de Ulía. Y casi todo el razonamiento se basaba precisamente en la no existencia de murallas. Sin embargo queda un documento histórico de gran importancia en el que se hace referencia expresa a esas murallas de la población discutida. Ese documento es el *Bellum Hispaniense*, como habrán supuesto. Dice: «Llegados al cuerpo de guardia les dijo que callasen porque les importaba a todos acercarse a las murallas para sorprender a la ciudad y así los centinelas parte impedidos porque la tempestad los acosaba, no podían observar con atención y así se aquietaban con esa respuesta. En llegando a las puertas hicieron una señal —conocida por los sitiados— con que fueron introducidos por los ciudadanos». Queda pues constancia en ese texto de las murallas de Ulía. Y ya hemos dicho de alguna población cordobesa que conserva algunos trozos todavía. Sin embargo Montemayor no ha conservado a flor de superficie ningún resto de muralla que desmienta a quienes se aferran en quitarle el patronazgo sobre Ulía.

La razón de cómo se ha perdido esa muralla es bastante convincente para mí al menos. A partir del siglo XIV el pueblo crece en torno al castillo y a su admirable parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. No sólo desborda el perímetro de las murallas, sino que esos muros —seguramente de cal y arena— debieron ser un tremendo obstáculo para las casas y para las calles. Y sobre todo la muralla era absolutamente inútil. El castillo con su inmensa mole, sus troneras y su foso era más que suficiente para la defensa en caso de asedio. La muralla no servía para nada. De ahí su demolición paulatina. Pero esa demolición no llegó a los cimientos. Sánchez de Feria hace alusión a esa muralla de Montemayor. Y algunos centenarios del pueblo aún recuerdan algunos trozos junto al arranque de la calle que hoy lleva el nombre de Manuel Caracuel León. Y todo eso que yo pensaba sobre la muralla vinieron a confirmarlo las obras —hace algunos años— para la instalación del teléfono automático. Si las obras del nuevo Ayuntamiento apenas nos dejaron algunos trozos de cerámica, sin embargo una zanja abierta frente al castillo para

registro del tendido vino a descubrir nada menos que dos trozos de lienzo de muralla. Era la muralla perdida. Está orientada en línea convergente hacia la llamada Torre Mocha de nuestro castillo, signo indudable de que la muralla bordeaba esa fortaleza. Don Juan Bernier tuvo la oportunidad de contemplar esa muralla y su afirmación fue tajante: «Se trata de una gran muralla romana». Sin duda, a la que hace referencia el historiador Hircio. Y poco a poco se va perfilando incluso el perímetro de la antigua ciudad. Porque aún quedan restos de lienzo en la antigua ladera del castillo, hoy llamado Mirador, por la vista que desde allí se contempla. Aparecen también restos de muralla en alguna calle. Yo mismo los pude ver en obras de la calle Cruz Verde, aunque esos restos bien pudieran ser de muralla o de fortificaciones caseras, cuando la ciudad estaba plenamente romanizada. Tal vez Ulía contó primero con una muralla más pequeña, la que cerraba el recinto ibérico. Luego los romanos al asentarse aquí definitivamente, dada la feracidad de sus tierras, la abundancia de pozos y de manantiales, ampliaron largamente el perímetro del primitivo campamento.

Ulía debió conservar alguna parte de sus murallas hasta bien entrado el siglo XVIII. Todo lo que es hoy el Barruelo, Las Peñuelas, Parroquia, Plaza Mayor y el comienzo de la calle Justo Moreno debió caer dentro de las murallas romanas. Porque en obras de alguna casa en Justo Moreno dieron a la luz ánforas y utensilios hogareños que denotan viviendas en ese lugar. También alguna conducción de aguas. Ello deja entrever hasta dónde llegaban las edificaciones por esa zona en los tiempos del mayor esplendor.

Yo mismo tomé algunas fotografías cuando se descubrieron esos lienzos de muralla cercanos al castillo y al tema dediqué algún comentario en el diario *Córdoba*. Esos restos de muralla, de una dureza extraordinaria, están aún bajo tierra y pueden ser contemplados sólo con ahondar medio metro en la esquina donde están los hilos del teléfono enterrados.

LAS MONEDAS DE ULIA

El estudio de la numismática es importantísimo para el conocimiento de la Historia Antigua. Así lo comprendieron hombres de la talla de Hübner, Heis, Zobel, y así lo han entendido todos los estudiosos modernos. Más aún: para muchos es la fuente principal de esa Historia. La numismática es materia obligada en la carrera de Filosofía y Letras. No sin razón puede decirse que en las monedas ha quedado grabado no sólo el arte. Ha quedado en ellas la religión, el vestido, los gustos, los cultivos, el tocado de las mujeres. Toda la vida de los hombres y de los pueblos. Asistimos hoy a un afán impresionante de acaparar monedas, a un auge asombroso del coleccionismo numismático. Y esto no siempre por afán de estudio sino por el valor que las monedas tienen en sí. Según Julio Ortega Galindo, el coleccionismo de monedas arranca del Renacimiento aunque ya Alfonso V de Aragón se preocupó de reunir monedas romanas enviando buscadores de ellas hasta Italia. Siempre las llevaba en una arquita para que la vista de las imágenes en ellas grabadas le excitasen a imitar las virtudes de aquellos que representaban. Otro español, Carlos III de Navarra, anteriormente sintió la misma pasión por esta materia, según se puede constatar de las cédulas de su padre urgiendo a sus tesoreros

para que facilitasen al príncipe Carlos cuantos ejemplares pidiera. Pero ninguno de ellos se dedicó al estudio de los ejemplares que caían en sus manos. Les movía sólo un afán de complacerse en ellas, no un deseo de investigación científica.

El estudio en profundidad se reserva al siglo XVIII, sobresaliendo el Padre Flores, autor de una obra publicada en 1757. De ahí nace el estudio de la numismática como ciencia. Hoy cuenta con formidables tratados aunque falta la reedición de algunas obras fundamentales como la de Prensa Española. Son algo más escasos los trabajos sobre numismática ibérica, pero abundan los de divulgación, sobre todo por ese afán de coleccionismo. Hoy es una buena forma de invertir el conseguir monedas. Pero —repito— falta estudio. El coleccionista ha de salir a la naturaleza, conocer los sitios, los momentos y condiciones propias, seguir los surcos del pesado arado entre los olivares bajo el intenso sol de Andalucía y Levante». Estas palabras de Ortega Galindo deberían ser meditadas por muchos aficionados. Córdoba cuenta con un Círculo Numismático al que me honro en pertenecer.

¿Cómo y cuándo comienzan a circular las monedas en España? Es lógico pensar que los intercambios primitivos no se hicieran con monedas, ni que el metal fuera la primera expresión del valor de un objeto determinado. Ya dijimos que aquellos pueblos vivían de la agricultura y el pastoreo. Al comienzo sería un buey, un caballo, una oveja, una cabra, la unidad de referencia para valorar una cosa concreta. El mismo nombre de «pecunia» viene claramente a significarlo. «Pecus» significa, en latín, ganado. Más aún: la inmensa mayoría de las monedas primitivas tienen esculpidas esfigies de toros y caballos. ¿Por qué? Porque a ese hombre ibero, analfabeto, sin otro libro que el de la naturaleza, hubo de mostrársele en imágenes visibles los valores tradicionales a los que estaba acostumbrado. Poco a poco la vida nómada se va haciendo sedentaria. El hombre se aclimata a una tierra determinada. Entonces el ganado domesticado cobra doble valor. El buey, el caballo, el mulo y el asno no sólo son comidos, sino utilizados. Aumentan las transacciones, la vida se hace más cómoda y sedentaria en torno a los recintos. La riqueza por antonomasia es el trigo y con trigo solía pagarse, costumbre ésta que ha perdurado casi hasta nuestros días en la ofrenda del diezmo de los fieles a la Iglesia.

¿Cómo se explica el cambio, el salto del cambio de animales o cosas al de las monedas? Muy sencillo. Esos valores todos son deteriorables; con el trasiego el trigo se pudre, los animales pueden enfermar. ¿Cómo expresar en algo más simple ese valor? Por un trozo de metal. Por eso los intercambios al principio no se hacen con monedas, al menos con monedas tal y como hoy las entendemos. Estrabón dice que en el Norte de España no daban monedas sino pequeñas barritas de plata. Y esa práctica debió ser general. Desde luego las primitivas monedas encontradas en Asia no se parecen en nada a las monedas circulares que tanto afloran en España varios siglos antes de la romanización. Se trata de unas sencillas láminas de plata fundamentalmente. Los celtas utilizan como monedas anillos de plata y bronce. En excavaciones arqueológicas han sido halladas no pocas de esas barritas. Y es en el siglo V antes de Cristo cuando España fabrica sus primeras monedas. La cuna de

esas monedas parece ser Ampurias, que imita las griegas de Masilla. Pero cuando estas acuñaciones alcanzan caracteres casi universales es en los siglos IV y III antes de Cristo. De ahí arrancan las monedas más primitivas encontradas en Ulía con una proliferación gratamente consoladora. Dentro de las monedas sobresalen las de la Bética. El valle del Guadalquivir aparece como una enorme comarca, de una cultura vastísima, muy superior al resto de la España primitiva. De ahí que las emisiones de monedas aparezcan como las más florecientes en cantidad.

Según Menéndez Pidal, en el Mediodía hay nada menos que siete grandes grupos de monedas: 1, púnico-hispanas; 2, ibero-romanas; 3, fenicias; 4, libio-fenicias; 5, turdetanas; 6, latino-béticas; 7, imperiales. Ortega Galindo simplifica a tres esas emisiones. Otros autores catalogan de forma diversa o parecida. De todos modos digamos que Roma respeta los símbolos y solamente impone sus medidas.

En esas monedas queda reflejada el alma, la riqueza proverbial de la Bética. En las monedas podemos constatar ya, varios cientos de años antes de Cristo, el amor a los toros, los caballos, la riqueza ganadera y cerealista, los bosques, que florecieron antes y eran cuidados con mimo. Dos monedas nos hablan de una agricultura cuidada y floreciente: Obulco y Ulía. Y la tradicional afición a la caza ha quedado plasmada en otros bronce. En verdad puede decirse que los rasgos más fundamentales de Andalucía, esos que tanto se admiran dentro y fuera de nuestros límites regionales, están configurados desde el principio en las monedas de la Bética. Incluso el amor a la música, la danza, el duende y el misterio, todo lo que es al fin y al cabo expresión de un estilo único, todo eso nos viene desde antiguo. Marcial habla de los bailes sensuales. Como hoy, las bailarinas se hacían acompañar de castañuelas y el público las animaba con palmas. El gozo por la vida, la alegría del vivir que siente nuestra tierra como en ningún otro sitio, todo eso ha quedado impreso en los bronce. Y el vino. El vino ha sido siempre una de nuestras riquezas más alabadas por los escritores, desde los clásicos. Según Avieno, el cultivo de la vid surge aquí en la costa oriental quientos años antes de Cristo y se extiende rápidamente por la Bética, Tarraconense y Lusitania. El cultivo del vino ha quedado plasmado en las monedas de Osset, localidad cercana a Sevilla.

Pero vengamos ya tras esa disquisición numismática general a una breve descripción de las monedas de Ulía. El constante intercambio comercial hace que esas monedas aparezcan en casi todos los pueblos en los que se asentó algún poblado ibérico o romano. Conozco hallazgos de esas monedas en Ronda, Santaella, Fernán-Núñez, Montilla, La Rambla, Puente Genil, Espejo. Pero sólo en Montemayor afloran en abundancia inusitada. Hasta mis manos han llegado unos diez ejemplares de esa moneda. Pero en el año 1956 todos fueron testigos del hallazgo fortuito de una vasija que contenía nada menos que cuarenta monedas de Ulía impecablemente conservadas. Esos ejemplares desgraciadamente se dispersaron y sólo recuerdo que dos vecinos conservan alguna de ellas hoy día.

Las monedas de Ulía son de un arte tosco y simplista. En el anverso tienen la cara de una divinidad. Un collar de perlas rodea el cuello, una red de

gargantillas ciñe la cabeza. El rostro parece ser, como dijimos, una personificación de la Luna. Dos símbolos nos llevan a esa conclusión. Por un lado la palma, que según Ovidio es símbolo de la Luna, por otro la media luna que tiene esculpida bajo el cuello. En el reverso de la moneda conserva el epígrafe de Ulía, rodeado de unas ramas de olivo con frutos. Sin duda el olivar era el cultivo principal de los campos ulienses. También el vino aparece en una lucerna del museo. Y es precisamente Estrabón quien nos ha dejado constancia del cultivo del aceite en la Bética. Para él el aceite de esta región era el mejor de todos. Era tan abundante y óptimo que Marcial tejó una rama de olivo para el Betis. «Baetis olivífera crinem redemite coronam». Según Plinio, los olivos crecen tanto en Andalucía que no se ven otros más grandes y abundantes. También Plinio nos ha dejado constancia de que entre los olivares solían criarse espléndidas mieses, tal y como hoy suelen hacer algunos de nuestros modestos agricultores. La presencia del olivar en las monedas de Ulía prueba la estima de los nativos por ese cultivo, del cual estaban orgullosos como los de Gades estaban con la pesca y por eso las llevaron a las monedas con el símbolo de los atunes.

¿Cuántos tipos de monedas acuñó Ulía? Hasta mis manos sólo ha llegado un tipo de monedas. Alguien me ha hablado de otros ejemplares, pero las aparecidas en 1956 y todas las que yo he visto son casi idénticas. Pequeños detalles de los ejemplares conservados dan a entender que esas monedas se emitieron en diversas ocasiones, pero conservando siempre la misma medida. Añadamos para terminar que, al ser relativamente escasas, son de las monedas más codiciadas por los coleccionistas.

LAS LUCERNAS DE ULIA

Las lucernas son uno de los medios más primitivos que el hombre usó para alumbrarse. Su origen se remonta a cientos de años antes de Cristo. También la misma Biblia desde el libro de los Salmos hasta el Apocalipsis nos ha dejado una amplia literatura sobre esas pequeñas lámparas de aceite, de las que saca un simbolismo precioso de la presencia de Dios en el mundo.

En una ciudad tan antigua como Ulía no podían faltar los descubrimientos ocasionales de lucernas, sobre todo de barro cocido. Difícilmente aparecen completas. Son muchos los siglos pasados y muchas también las vueltas que los arados han dado sobre ellas. Con todo, el modesto museo de Ulía cuenta con ejemplares bellísimos, sobre todo uno que se conserva intacto. Se trata de una lucerna en barro cocido, adornada con racimos de uva en su parte alta. Bajo su fondo tiene dibujada la misma palma y espiga que la moneda de Ulía, lo que hace pensar que pertenece a los tiempos de la romanización. Esta no es la más antigua de las lucernas. Existen algunas en bastante buen estado de conservación, en barro negro, muy parecido al de las urnas del cerro de la Ahorca. La mayoría de las lucernas son de época romana, pero también existen algunos ejemplares de época árabe. Una de las lucernas me fue entregada por una familia que la venía utilizando todavía cuando la luz se iba. Y dentro de las árabes hay una muy interesante por la inscripción que tiene alrededor: «El Imperio para Alá».

Hoy las lucernas de bronce, hierro y barro son objetos de museo. Y aquí

en el Montemayor actual se conservan dos o tres hornos donde se debieron construir la mayor parte de ellas. Alguno de ellos en el cortijo de Mingo-Hijo, de tantas resonancias nobles. «Mingo-Hijo» nos evoca a Domingo Muñoz, tronco de la Casa de Córdoba y al que hay que referirse al hablar del Montemayor actual. La mayoría de las lucernas de Montemayor han aparecido en sus aledaños, en esos corrales y terraplenes que circundan la villa. Junto a las lucernas cabe reseñar en un pozo junto a la plaza el hallazgo de unas diez o doce lámparas vidriadas, al parecer de época visigótica. Algunas prácticamente intactas.

ULIA ROMANA

Las piedras, las vasijas, las esculturas, las cerámicas, los cimientos del castillo, todo ese mundo de la arqueología más primitiva, nos habla bien a las claras de una Ulía esplendorosa entre las ciudades más antiguas de Córdoba. Pero hay que confesar abiertamente que Ulía cobra su mayor grandeza con la dominación romana. No tenemos fuentes escritas de esos comienzos, por eso es muy difícil precisar la fecha del inicio de su romanización. Un estudio detenido de las inscripciones sí que nos habla de apellidos, tribus, familias ilustres.

El imperio cartaginés se hunde definitivamente en el año 216 antes de Cristo. Roma penetra en España con sus mejores legiones y con una sed infinita de conquista. Esas legiones llegan a nuestra comarca al mando de Publio Cornelio Scipión y expulsa de ella a los cartagineses, que se retiran a la ciudad fortificada de Astapa a la cual el general Lucio Marcio pone sitio. Los productos del campo uliense que antes bajaban al Guadalquivir para ser llevados a Tiro y a Cartago cruzan ahora el Genil para abastecer a las legiones que mantienen el cerco de Astapa. Pero no nos adelantemos. En el año 205 antes de Cristo el Pretor Lucio Marco entra en Córdoba como conquistador y comienza para Colonia Patricia el largo y fecundo período de la romanización. Con la entrada de los romanos Córdoba se engrandece hasta cotas insospechadas. El Senado de Roma divide España en dos provincias, la Citerior y la Ulterior. Como dice don Samuel de los Santos, Córdoba se halla ligada a una familia de origen plebeyo cuyos representantes más destacados vivieron en ella y donde debieron tener intereses a juzgar por la persistencia con que ocuparon altos cargos. Es la familia de los Claudio Marcelo. Tres generales de este apellido se destacaban con las primeras figuras de la Era Republicana en las guerras púnicas y en la época imperial, mezclados en la vida familiar del emperador Augusto. El primero es Marco Claudio Marcelo, llamado el Siracusano, que se distingue en la batalla de Cannas en 216 antes de Cristo. El segundo Marco Claudio Marcelo figura por vez primera en 166 antes de Cristo y éste es al que Estrabón califica como fundador de Colonia Patricia. En el año 169 es enviado por el Senado a España con dos legiones y gran acompañamiento de familias patricias romanas con la misión de fundar la primera Colonia Patricia, título este concedido por Roma a ocho ciudades, entre ellas Ulía. Marcelo convierte Córdoba en formidable campamento fortificado y bien abastecido. Sin duda los ubérrimos campos de la campiña y el valle del Guadalquivir muy pronto comenzaron a ser el granero para abas-

tecer a las legiones. Casi apenas conquistada se transforma en una ciudad plenamente romana embellecida con templos, jardines, lugares de recreo y esparcimiento. Marcelo y los patricios emulan en Córdoba, y muy pronto en los antiguos recintos ibéricos, el esplendor que habían dejado atrás en la Roma Imperial y en los pueblos por Roma colonizados.

El tercero de los Claudios Marcelos es hijo del fundador de Colonia Patricia y de Octavia, hermana del emperador Augusto. Nace el año 43 antes de Cristo, dos años después del cerco de Ulía por los pompeyanos. El emperador, que lo tenía destinado a ser su sucesor, lo adopta y le da a su hija Julia en matrimonio. El año 23 es nombrado edil en Córdoba pero una rápida enfermedad le produce la muerte con inmenso dolor del emperador y de todo el pueblo romano. En su época de pretor de la Bética consigue grandes mejoras para Córdoba.

He traído los orígenes de Córdoba y su rápida transformación por Claudio Marcelo porque en esos orígenes hay que buscar también el esplendor de Ulía.

Instalados definitivamente los patricios romanos en Córdoba en seguida comienzan a asentarse en los poblados conquistados. La feracidad de las tierras por un lado, y la fácil adaptación de los nativos a las costumbres de los conquistadores, hacen que esos poblados conozcan en poco tiempo, en el corto espacio de unos años, un incremento asombroso. Roma, sus patricios, los delegados que vienen a ocupar funciones importantes o sencillamente con el encargo de cultivar las tierras, se sienten en seguida como en su propia casa. No es ya la Colonia Patricia. Son muchos los pueblos que ven levantar templos, plazas, monumentos y palacios.

La Ulía Fidentia, si nos atenemos a los restos que aún afloran, debió ser una ciudad monumental. Sobre todo cuando la era de Augusto trae al Imperio 40 años de paz y de tranquilidad. Las columnas del castillo ducal de Frías, o las de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, los restos de basas que aún se encuentran en el «Cañuelo» y otras huertas cercanas nos hablan bien a las claras de una grandeza no pequeña. Basas y fustes que nada tenían que envidiar a los de otras ciudades importantes, ni siquiera a los de Colonia Patricia, al menos por su grosor. Pedestales de estatuas, unas veces levantados por gratitud, otras acaso por vana lisonja, incluso a dictadores, como puede ser la erigida a Casio en la plaza y cuyo pedestal hoy se encuentra en el Museo Arqueológico de Córdoba.

Primero dentro de los muros. Ya dije que la llamada «Torre Mocha» es un testimonio intacto de reciedumbre y fortaleza. Pero cuando la paz no peligra, y la vida normal puede desarrollarse lejos de las murallas, Montemayor se llena de villas, donde los patricios viven, se casan y mueren. Sobre todo viven espléndidamente sin echar de menos las comodidades de Colonia Patricia y hasta de la Urbe. Lejos de la Roma de sus amores las «villas» se convierten en paraísos. Patios de mosaicos, jardines con esculturas de Carrara, fuentes de piedra o mármol, anchos muros y depósitos para cereales, vino o aceite. Conducciones de agua para los pozos, termas. Todo el lujo y la comodidad que habían dejado atrás al venir a Hispania se instaura en las casas y en las villas campestres. Una legión de esclavos y servidores, el traba-

jo duro al que tan acostumbrados estaban los nativos, proporciona a los nobles patricios una vida placentera y bucólica. Surgen los artistas y se multiplican los talleres de escultura. El culto a los dioses, la veneración sincera o fingida a los Césares y a los Mecenas, el recuerdo dolorido a los muertos que se fueron para siempre, la gratitud y el amor, el «cursus honorum» o la fidelidad, todo lo que al fin y al cabo es la vida humana, breve casi siempre al juzgar por ciertas inscripciones sepulcrales. Todo ese mundo nos ha quedado para siempre grabado en piedra en ese amplísimo capítulo que son las inscripciones romanas de Uliá. Creo sinceramente que ninguna otra población de nuestra provincia puede ofrecer una colección tan amplia y tan completa. Muchas de ellas han quedado recogidas en el *Corpus*. Otras se conservan en los museos. Algunas en el castillo de Montemayor e incluso hay restos en las mismas columnas de la iglesia parroquial. De algunas se conservan los textos, pero no sabemos su paradero. Algunos de esos textos, como los conservados en la casa del Inca de Montilla, tal vez sean apócrifos, inventados tardíamente acaso con ánimo de reivindicar para otros pueblos el patrimonio de Uliá. Pero de todos modos a mi juicio siempre serán esas inscripciones el argumento más irrefutable para otorgar a Montemayor el derecho a ser la discutida ciudad ibero-romana. Porque esas piedras aún se conservan. Algunas de ellas fueron borradas ciertamente sin saberse a ciencia cierta la razón última de esa absurda barbarie. Tales son las que se conservan en las columnas del castillo y en la parroquia. Pero no se han borrado del todo. Esas lápidas fueron copiadas por Fernández Franco, Hübner, y están siendo completadas modernamente por José María Luzón, Juan Bernier, Manuel Nieto, Ana María Vicent, Marcos Pous, el arqueólogo alemán Stylof y otros.

Algunas lápidas han sido encontradas por mí con ayuda de algunos buenos vecinos de Montemayor, resaltando con gran alegría una: un trozo de piedra blanca en el cual aparece con toda claridad el nombre de ulienses.

No es mi intención en este discurso hacer ahora un análisis pormenorizado de las inscripciones de Montemayor. Ello haría interminable este trabajo, porque, como dije, las inscripciones son muchísimas. Más de treinta tengo reseñadas y ellas dan materia para una monografía que espero realizar con tiempo y con detalle. Pero sí quiero apresurarme a decir que esas inscripciones han dejado constancia de muchos apellidos ilustres que formaron parte de las más distinguidas familias de la Roma inmortal. Uliá levantó pedestales a Nerón, Agripa, Claudio, Marco Aurelio, Antonio Pío, Augusto. Y nombres de la talla de los Cornelios, Fabio Casio, Elio, etc., figuran entre los habitantes de Uliá. A la par denotan la importancia y el tiempo del esplendor de la ciudad. Incluso la proliferación de monedas del siglo IV nos lleva a la conclusión de que la vida social y económica debió mantenerse en auge hasta la ruina del Imperio. El hallazgo de lápidas sepulcrales en varios sitios de La Zargadilla, Rayos y Matas, El Cañuelo, etc., da también una idea fehaciente de la magnificencia de las villas que rodeaban las murallas en un espacio de dos o tres kilómetros.

EL MUSEO

Fruto de una paciente y decidida acción en rescatar algo de lo mejor de Ulía es el museo, hoy instalado bajo el coro de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. El museo es el mejor argumento de la verdad histórica de Ulía. ¡Y es una lástima que esa labor no se hubiese comenzado al menos unos años antes! Pero a pesar de esa tardanza el museo basta y sobra para comprender en seguida que Ulía debió de ser de una capital importancia. Pocos, muy pocos pueblos pueden hoy ofrecer tal cantidad de piezas. Y sobre todo tan importantes. Esculturas tales como la que yo llamo «Venus de Montemayor», el «Sátiro» con su piel de cabra rodeando el torso; la cabeza de un miembro de la familia «Claudio», el «león de la Zargadilla»; el niño con una caracola; la cabeza de un caballo; el torso muy mal conservado de Esculapio; la preciosa cabeza de Hércules, en mármol blanco; la máscara de Baco; alguna otra figura o la media cara de Baco en piedra roja; la gran cantidad de monedas, sobre todo las de Ulía; las urnas cinerarias, algunas de ellas intactas; la colección de proyectiles de piedra, encontrados todos rodeando el casco del actual Montemayor; el número ingente de glandes; las cerámicas, las tinajas y las vasijas; las lucernas; los restos de mosaico; los lacrimales de barro o de cristal; las hachas de piedra o de bronce; los restos de capiteles y de fustes; los anillos o el simple racimo de uvas encontrado en el «Cañuelo»; los pedazos de friso en mármol o las tégulas, las tuberías de plomo o los muchísimos objetos de todo tipo sacados a flor de tierra por la reja del arado o descubiertos por casualidad en cualquier terreno. Eso es el museo de Ulía, del que Montemayor se siente hoy extraordinariamente orgulloso. Un museo que ha merecido la visita de muchísimos estudiosos de todo el mundo. Baste reseñar el año pasado la visita de los rectores de universidades privadas, tras su congreso de Córdoba. Baste decir que algunos hoteles tienen programadas visitas a este pequeño y formidable museo a través del cual Córdoba y Montemayor van siendo mucho más estimados. He ahí el fruto de muchos años de trabajo, de mentalización y esfuerzo por salvar del olvido una parte no pequeña de nuestro patrimonio. Un museo que ha sido posible gracias a la colaboración de todo un pueblo.

Un museo que en buena parte debe su existencia al apoyo y estímulo que encontré siempre en esta Real Academia de Córdoba que hoy ha querido premiar mi esfuerzo y mi tesón.

No quiero cansaros más, señores académicos, amigos todos. De sobra sé que este trabajo es incompleto y pobre. Que el tema de Ulía se presta —como de hecho ha sucedido— para estudios más amplios realizados por personas mucho mejor preparadas que yo. Este trabajo quiere ser sólo un punto y seguido, casi una página escrita con calor para que otros continúen en esa tarea de desvelar todo el misterio y toda la grandeza que esconden muchos de nuestros pueblos. Montemayor es sólo una muestra y el museo de Ulía quiere ser modesto espejo para que muchos sigan en ese camino, porque la cultura y el amor al patrimonio se demuestra así, trabajando, seguros de que el tiempo tendrá su fruto. Pienso que estas páginas habrán servido para clarificar un poco la larga disputa histórica sobre el patrimonio de Ulía.

Y no quiero terminar sin expresar de nuevo mi más profunda gratitud a

esta Real Academia por incluirme entre sus miembros numerarios. A don Juan Bernier, por dignarse contestar mi discurso, a tantos académicos y amigos entrañables que han querido acompañarme en esta noche inolvidable para mí. Y al honrarme con este nombramiento, clavo mis ojos en tantos curas de pueblo, en tantos párrocos rurales que tanto trabajaron y trabajan en servicio de los pueblos y de la cultura.

Para todos vosotros, queridos amigos, gracias y buenas noches. Y tened siempre por seguro que este acto no es un punto y final sino un punto y seguido para seguir trabajando en los mismos surcos.

He dicho.